

## Nota de la autora

La expresión «obra del amor» se usa tanto que me parece que a veces pierde su significado, pero en este caso, en *Honor de medianoche*, no hay otra manera de definirlo. En realidad comencé a escribir esta historia hace diez años, justo después de terminar *Orgullo de casta* y *Corazón audaz*. A la coronela Anne la conocí cuando estaba investigando la Rebelión jacobita, y comprendí que era un personaje lo bastante sólido para tener su historia propia. No, se «merecía» una historia propia. La comencé, pero después de escribir unas cien páginas la dejé de lado porque me di cuenta de que llevaba demasiado tiempo en Escocia y necesitaba distanciarme de Culloden lo bastante para hacerle justicia a Anne. Prácticamente cada año cogía la carpeta y pasaba las páginas, pero siempre volvía a guardarlas, porque no me sentía preparada, seguía reteniendo demasiados elementos de los dos primeros libros como para ser capaz de mirar la historia de Anne con ojos renovados. De acuerdo, lo reconozco: tenía más que un poco de miedo de haber agotado toda la emoción y el efecto de la rebelión en las páginas de *The Blood of Roses*.

Hace tres años, Marjorie Braman me ofreció la oportunidad de revisar y poner al día *Orgullo de casta* y *Corazón audaz*, para nuevas ediciones. Acababa de terminar uno de la Regencia, *Pale Moon Rider*, y estaba contratada para escribir otro, *Swept Awar*, pero al reescribir los dos libros sobre Escocia en el ordenador sentí que se me erizaba la piel de la nuca. Tenía la historia en la mente, y los personajes me daban

codazos mientras yo perseguía coches por las calles de Londres: ¿Cómo escribir una historia sobre una mujer enamorada de dos hombres tremendamente distintos pero intrínsecamente similares? ¿Cómo hacer las dificultades y sacrificios de los tres personajes tan creíbles y desgarradores para los lectores como lo son para los propios personajes? ¿Y cómo hacer comprender a los amables lectores que me regañaron por el final de *Corazón audaz* que la verdadera tragedia no es la pérdida sino el olvido?

Anne y Angus Moy, John MacGillivray, Gillies MacBean, e incluso Fearchar Farquharson, fueron personas reales, héroes del pasado que, espero, me permitirán la licencia poética al urdir mi historia en torno a ellos. He sido recompensada cálidamente por cartas de los descendientes de Lochiel y Alexander Cameron; sólo me cabe esperar que los MacKintosh sean igualmente amables.

*Esos actos, esas conjuras, esa malhabida locura nacida  
del honor trasnochado...*

Anónimo



## Prólogo

*Inverness, mayo de 1746*

*E*l miedo la ahogaba como una manta sofocante. Habiendo sido testigo de la horrorosa matanza de Culloden, y sobrevivido, Anne Farquharson Moy pensaba que nunca volvería a sentirse verdaderamente asustada; de todos modos había veces en que el corazón le golpeaba con tanta violencia el pecho que se imaginaba que explotaría. Tenía la boca reseca, las manos le temblaban como las de una anciana paralítica. Tenía la impresión de que las mugrientas paredes de piedra de su celda se iban cerrando sobre ella, cada día estaban más cerca, y el aire era tan viciado y escaso, que tenía que resollar para aliviar la opresión que sentía en los pulmones.

Y luego estaban los sonidos.

Los sonidos eran tan escalofriantes y penetrantes que le acosaban los sueños día y noche. Había visto morir al ejército del príncipe en el suelo bañado en sangre del páramo de Culloden; había visto caer a los escoceses de las Highlands heridos y derribados por las descargas de metralla de las líneas inglesas como si fueran bolos del juego de niños. Había visto y oído el desgarrador, inimaginable, sufrimiento de padres acunando a sus hijos caídos, a hermanos arrastrándose con sus extremidades cortadas para acercarse entre ellos y morir juntos. Había oído sus gritos suplicando piedad mientras los ingleses los remataban apuñalando y mutilando a los hombres heridos que encontraban vivos en el ex campo de honor.

Los sonidos que oía desde su celda eran los gemidos suaves, apenas audibles, de una fe agonizante, de un orgullo aplastado y de la absoluta y total desesperanza que se filtraban por las paredes de piedra del viejo palacio de justicia de Inverness.

Estaba sola en su celda. Cumberland le había dicho que eso era un lujo, porque en un recinto en el que normalmente había no más de veinte personas se hacinaban fácilmente cien hombres muertos de hambre, algunos con heridas en putrefacción, tan débiles o fiebrados que no podían apartarse rodando de su propia orina o excremento. La ración diaria de comida consistía en una torta de avena y un poco de agua en una pequeña taza de lata. Las súplicas y oraciones quedaban sin oír. Los débiles finalmente estaban tan frágiles para desperdiciar sus fuerzas en esas medidas inútiles que sencillamente morían en silencio. Los más fuertes se aferraban a su rabia y permanecían sentados apiñados en los rincones mojados, manifestando su desafío de la única manera que podían: continuando vivos.

¿Cómo iban a demostrar menos valor que la alta y erguida lady Anne Moy, que le escupió su desprecio en su cara porcina al Carnicero Cumberland con tan regio desafío? En esas seis semanas él había ido a verla tres veces para ofrecerle la libertad a cambio de que delatara a los jefes jacobitas. Las tres veces tuvo que marcharse mascullando palabrotas en alemán.

La carga era muy pesada para esos esbeltos hombros, y en la tercera visita Anne estuvo más cerca de aceptar el ofrecimiento de lo que deseaba reconocer. Pero él se lo había hecho al aire libre en el patio, debajo de ventanas en que asomaban muchas de las caras atormentadas y macilentas de los valientes que ya habían perdido tanto en una causa que estuvo condenada desde el principio. Si lo único que podía hacer ella era darles esa última hilacha de orgullo y honor al que aferrarse, ya era algo. Era también un sacrificio que lastimosamente iba perdiendo importancia con cada día que pasaba, con cada hora en que veía colgar por traición a otro grupo de jacobitas, con cada minuto que le acercaba otro poco la inevitabilidad de su propia muerte.

Sus cabellos castaño rojizos, en otro tiempo lustrosos, estaban opacos y sucios. Tenía la piel gris y los huesos cada vez más descarnados, que dejaban su cuerpo macilento y siempre frío, pese a la manta extra que le pasara a escondidas uno de los guardias más compasivos a través de los barrotes. Ribetes morados le circundaban los

ojos y tenía las manos negras de suciedad, las uñas rotas y melladas por tratar de trepar una y otra vez hasta la ventanuca situada en lo alto de la pared.

Levantó una mano casi transparente hasta la turbia luz y no pudo sofocar del todo el sollozo que le subió a la garganta. Estaba tan delgada que ya no podía llevar el anillo que le regalara Angus el día de bodas. Una noche se le cayó y tuvo que buscarlo a tientas, casi desesperada, por entre la paja y suciedad que cubría el suelo, hasta que lo encontró.

Esa fue la ocasión en que más cerca estuvo de llorar desde que la arrestaran; lo más cerca que estuvo de hacer a gritos un juramento al mismo demonio si él la sacaba de ese lugar.

Ni siquiera sabía si Angus estaba vivo o muerto. Cumberland le aseguró que estaba vivo, milagrosamente aferrado a un hilillo de vida, eso sí, pero ella no tenía ningún motivo para creerle, y mucho menos para fiarse de él. El propio lameculos real dijo que las heridas en el vientre son las que con más facilidad se gangrenan, por mucha que sea la pericia del cirujano.

Cerró la mano en un apretado puño y se presionó con él los labios.

Por entre las pestañas le salió una brillante y gorda lágrima y le bajó lentamente por la mejilla hasta el mentón, se quedó colgando ahí un momento, brillando como un diamante licuado, hasta que un estremecimiento la soltó y cayó inadvertida entre las otras manchas que le oscurecían el corpiño del vestido. El que fuera un hermoso vestido estaba sucio, la seda manchada y rota en muchas partes. Las anchas capas de enaguas de lino arrugadas, que se quitó pasada la primera semana de encierro, le servían de ropa de cama. Su capa se había ido a aliviar los escalofríos de fiebre de otro prisionero. A lo largo de las semanas ya había trocado los zapatos, los guantes e incluso los diminutos botones en forma de rosetón que le adornaran el corpiño, por un trocito de queso o un trozo extra de pan negro.

Cuando ya no le quedaba nada para trocar, uno de los guardias ingleses le sugirió otras maneras de ganarse favores, pero la primera vez que entró en su celda por la noche tuvo que marcharse doblado y con los testículos metidos en los bolsillos, por el golpe que recibió ahí.

Ella supuso que volvería, con amigos, pero no volvió a ver su fea cara, y uno de los hombres de una celda cercana le dijo en un susurro que no volvería. Nadie volvería a verlo, por el insulto hecho a su valiente coronela Anne.

Ellos no sabían que el insulto más cruel ya se lo había hecho el propio Cumberland. Tampoco sabían que fue la espada de ella la que le perforó el vientre a su marido.



# Capítulo 1

*Invernesshire, diciembre de 1745*

*E*l estrecho sendero tenía profundos surcos y estaba fangoso con charcos de nieve derretida. Siempre que era posible, los dos jinetes conducían sus monturas por la hierba congelada a uno u otro lado del sendero, y de tanto en tanto dejaban esa ruta para tomar un atajo a campo través, con el fin de acortar el trayecto desde la casa Moy a Dunmaglass. Preparada para la ardua cabalgada, Anne Farquharson Moy vestía pantalones de tartán, una abrigadora camisa de lana y un jubón de cuero; llevaba envueltos los hombros en una larga manta de tartán que se enrollaba en la cintura, para protegerse de los efectos del helado viento. Sus largos cabellos rojizos le llenaban la gorra, que le caía baja sobre la frente; en el cinturón llevaba un par de dagas típicas de las Highlands, las pesadas pistolas de acero, cargadas y cebadas, y se sentía tranquila sabiendo que las usaría sin vacilar si se presentaba la necesidad.

A su lado cabalgaba su primo Robert Farquharson de Monaltrie, también ataviado para el cortante frío, envuelto en una manta de tartán; cuando el viento le zarandeaba la falda, se veían sus piernas desnudas, la piel enrojecida, pero estaba acostumbrado a esos crudos inviernos.

Anne había encontrado a Robert esperándola en un bosquecillo cercano a la casa Moy a la hora convenida y, después de unas pocas palabras susurradas, soltando un vaho que se congeló al instante, emprendieron la marcha por el helado paisaje.

Vivían un tiempo en que tenían que ir muy vigilantes cuando salían de casa. En Inverness había tres batallones del ejército del gobierno, regimientos apostados en las Highlands al mando de John Campbell, conde de Loudoun. Día y noche se turnaban los destacamentos para patrullar los campos; podían arrestar a cualquiera, sin necesidad de mandamiento judicial ni juicio. Sólo la semana anterior habían arrestado a varios miembros de clanes en sus casas; su único delito era las ramitas de arándano que llevaban prendidas en sus gorras para manifestar su apoyo al príncipe Carlos Eduardo Estuardo.

Anne miró la gruesa faja de nubes que iba cruzando por en medio de la luna. Olía nieve en camino y la agradeció, tristemente. La nieve, esos torrenciales copos cristalinos, tan propios de las Highlands para despejar el aire, harían la noche más segura, más segura para todo el mundo.

Esa mañana su abuelo le había hecho llegar un mensaje urgente, citándola a una reunión, a pesar del peligro que suponía para ambos grupos, en la casa de John Alexander MacGillivray, señor de considerable influencia y de fama lo bastante temible para mantener a las patrullas de Loudoun a recelosa distancia. Anne dudaba mucho de que la noticia de la presencia de Fearchar Farquharson en Dunmaglass fuera incentivo suficiente para que los soldados ingleses se arriesgaran a acercarse mucho, aun cuando se decía que recientemente habían doblado la recompensa por la captura del viejo zorro gris.

A sus 113 años, Fearchar Farquharson era una ágil historia ambulante de Escocia. Desde la restauración de la monarquía en 1660, había visto subir a seis reyes al trono inglés, y había aguantado los determinados remedios de cada uno para el «problema escocés». Ya hacía casi un siglo desde que combatiera su primera batalla, cuando James Graham, marqués de Montrose, organizó un ejército para salvar la derrotada monarquía católica. Nuevamente combatió por la causa Estuardo en 1689, cuando Inglaterra se atrevió a invitar al estatúder holandés de Orange a llevar la corona, y tuvo un papel importante en el fracasado levantamiento de 1715. Había quienes lo llamaban reverentemente «el demonio en tartán», pero para Anne era simplemente el abuelo, un viejo y obstinado guerrero que había llegado a su venerable edad convencido de que estaba destinado a sobrevivir todo el tiempo que hiciera falta para ver restablecida la casa de los Estuardo en su lugar legítimo, el trono de Escocia.

Su mejor posibilidad de victoria había desembarcado en las Hébridas a mediados de julio. El príncipe Carlos Eduardo Estuardo se había embarcado en Francia, igualmente resuelto a reclamar el trono de Gran Bretaña en nombre de su padre. En agosto izó el estandarte Estuardo en Glenfinnan y se proclamó Regente. Ante la estupefacción de casi todos los arrogantes ingleses que creían invulnerable su ejército, llevó a Edimburgo a sus highlandeses y recapturó la ciudad real, después se enfrentó a las tropas del gobierno, que sufrieron una sonora derrota en Prestonpans. Aprovechando sus victorias, se aseguró la frontera escocesa y continuó hacia el sur adentrándose hasta el mismo corazón de Inglaterra.

Derby estaba a ciento cincuenta millas de Londres; al enterarse de que el príncipe Estuardo se había aventurado invicto hasta esa sorprendente distancia del trono, Jorge II embarcó a su familia y sus pertenencias, y dejó el barco a la espera, preparado para huir en el instante en que el príncipe llegara a Londres.

Fearchar, mejor dicho todos los clanes de las Highlands leales a la causa jacobita, lanzaron un viva tan sonoro al enterarse de la noticia que se decía que el eco resonó a todo lo largo y ancho del Gran Valle. Fearchar había estado dispuesto a lanzarse, aunque fuera a pie, a unirse al valeroso ejército, incluso al impensable coste de faltar al juramento de lealtad que ligaba a todo el clan Farquharson a la voluntad de su señor Angus Moy, el MacKintosh del clan MacKintosh, jefe del clan Chattan.

Para Fearchar, y para otros como él, era casi insoportable la vergüenza de que Angus Moy no hubiera ordenado al clan marchar a Glenfinnan en apoyo de su valiente príncipe. Angus era justamente uno de los varios señores influyentes que habían aceptado puestos en el ejército del gobierno, obligando, por lo tanto, a los miembros de sus clanes a quedarse en casa, y a algunos incluso a adoptar los colores Hannover, mientras su príncipe avanzaba valientemente a encontrar su destino. Fearchar había sido uno de los más francos y elocuentes opositores; en consecuencia, había una orden de arresto contra él, como también contra los tres primos de Anne.

Criada sin los beneficios de tener una madre, Anne había pasado su niñez y juventud en la tosca compañía de Robert, Eneas y James Farquharson de Monaltrie. De los diez hijos, dieciocho nietos y bisnietos demasiado numerosos para contarlos, estos cuatro jóvenes eran

las estrellas del cielo de Fearchar. Eran su esperanza, y los consideraba una promesa para Escocia, porque eran corazones del valor más enérgico y osado. Eran highlandeses y jacobitas, que proclamaban su lealtad a los Estuardo con la misma osadía y franqueza con que llevaban su escarapela blanca en las gorras.

Al comienzo de la rebelión, los primos de Anne se reunieron con Fearchar en la montaña y hacían incansablemente los recorridos entre Inverness y Aberdeen, y entre Aberdeen y Arisaig, para mantener informados a los clanes de lo que ocurría al sur de la frontera. Ellos fueron los primeros que informaron de la asombrosa victoria del ejército highlandés sobre el ejército del general sir John Cope en Prestonpans, los primeros en informar de la avanzada del príncipe hacia el sur, con la consiguiente caída de Carlisle, luego de Manchester y finalmente de Derby.

Si no hubiera sido por el pequeño inconveniente de ser mujer, y estar casada con el jefe del clan, seguramente Anne se habría unido a ellos. Estaba más unida con ellos que con sus hermanas, tres tontas que se contentaban con sus labores de punto y sus quehaceres de madre. Había contado con sus primos para que le enseñaran importantes habilidades (a cabalgar como el viento, a cazar, a disparar mosquete y arco), y por lo tanto era capaz de clavar un puñal en el ojo de un chorlito desde una distancia de veinte pasos o, si le apetecía, beberse una pinta del fuerte *uisque baugh* sin que se le moviera una sola de sus pestañas color cobrizo. Se sintió tan molesta como ellos cuando Angus prohibió a sus clanes cabalgar hasta Glenfinnan, y se sintió desilusionada, dolida y furiosa, cuando después él se puso el uniforme de los Black Watch y reunió un batallón de cuatrocientos hombres de sus clanes para unirse a los regimientos hannoverianos que estaban a las órdenes de Loudoun.

Anne se estremeció y se agachó un poco más sobre la silla; no quería ni pensar cómo se indignaría su marido si supiera que iba de camino a Dunmaglass a ver a su abuelo. Él le había prohibido expresamente que siguiera en contacto con sus parientes proscritos, no fuera a ser que su afiliación con los rebeldes llegara a oídos de Duncan Forbes, el lord Presidente del Tribunal Supremo de Escocia. Pero prohibirle a ella que viera a sus familiares era como prohibirle a la fruta que madurara en la rama. Exteriormente podría haberse esforzado en parecer y representar a la esposa de un caballero, reemplazando sus pantalones y jubones por vestidos de seda y los rígidos corsés con barbas de ballena propios de

una decorosa dama casada. Pero interiormente, seguía siendo «la indómita, la briosa, la Ruadh Annie», y si sus familiares la necesitaban, ella iba. Los lazos de sangre eran más sólidos que cualquier lazo creado por las promesas del matrimonio.

A decir verdad, la Ruadh Annie jamás le había dado mucha importancia al sacrosanto estado del matrimonio. Sí, siempre supo que finalmente este sería un mal necesario, como lo sería el voto de obediencia que tendría que jurar a su marido. No habían escaseado los pretendientes deseosos de domar a la pelirroja gata montesa, pero si alguien le hubiera pronosticado que algún día sería la señora de la casa Moy, la lady Anne MacKintosh, se habría reído hasta que le saltaran las lágrimas.

Se imaginaba que la reacción de Angus habría sido muy parecida. Nacido en las Highlands, pero educado en Inglaterra y muy viajado, nunca se se le pasó por la mente, no tenía la menor idea de que algún día heredaría el manto de jefe, y mucho menos que se vería obligado a honrar un acuerdo firmado cuando él todavía cabalgaba ponies y usaba pantalones cortos.

Ella era un trago de dos añitos, que recién andaba, cuando Fearchar le aseguró el futuro comprometiéndola en matrimonio con un MacKintosh. Qué más daba que Angus fuera doce años mayor que ella y un cuarto hijo, destinado a no heredar nada aparte de un buen pasar; era un matrimonio que uniría a dos clanes de entre los varios que se habían amalgamado para formar el poderoso clan de los Gatos. También era probable que el padre de Angus hubiera aceptado el convenio simplemente porque suponía, o esperaba, que la niña descalza de naricilla respingada sucumbiría a una de las muchas enfermedades infantiles que azotaban las Highlands mucho antes que llegara a la edad casadera.

Nadie podría haberse imaginado que el primogénito, Lachlan MacKintosh, moriría a los pocos años, ni que esas mismas enfermedades infantiles indiscriminadas eliminarían también, uno tras otro, a los otros dos hermanos que lo seguían en la línea hereditaria. Con la rapidez que sólo el destino puede dar, el título y las propiedades pasaron a Angus, que estaba viviendo en el Continente sin que cruzara por sus pensamientos la idea de herencias ni de pesados mantos de responsabilidad. Era tan larga su ausencia, en realidad, y tal su desconexión, que la noticia de que era el nuevo jefe del clan Chattan tardó cuatro meses en llegarle.

El caballero alto y elegante que llegó a la casa Moy no se parecía en nada a los muchachos huesudos y toscos que habían coqueteado descaradamente con ella y robado besos detrás del almiar. Él era reservado y bien hablado, un intelectual y un brillante matemático, tan concienzudo, serio y práctico que asustó de muerte al polvo de los incontables libros de cuentas y de medidas de áridos de todo Invernesshire. Las propiedades MacKintosh, que durante decenios o más se habían llevado al buen tuntún, cayeron bajo un par de ojos serios y cáusticos color peltre, esos mismos ojos perspicaces que analizaron las cláusulas del compromiso negociado casi dos décadas antes por Fearchar Farquharson y Lachlan MacKintosh.

No fue tímido en sus intentos de anular el compromiso, puesto que esa alianza no era la que convenía a un poderoso jefe de clan. Con el fin de llegar a un convenio aceptable para las dos partes, solicitó una reunión con Fearchar, y estuvieron ocho largas horas encerrados en la biblioteca de la casa Moy. Fearchar demostró ser un contrincante digno. Ni siquiera la exigencia de que cumpliera el pago de la dote acordada, de doce mil marcos, suma astronómica para un hombre cuyo mayor bien era su palabra, doblegó al viejo y nudoso guerrero, y dentro del tiempo prescrito volvió a la casa Moy con una bolsa de monedas en la cantidad correcta.

El día de la boda, Anne entró en la iglesia de Aberdeen con el corazón oprimido y los pies de plomo, consciente de que las promesas que iba a hacer no sólo la atarían a un hombre que no la amaba ni deseaba, sino que también la condenarían a una vida de corsés con barbas de ballena y a enaguas y faldas con volantes.

Ya iba a medio camino por el pasillo hacia el altar cuando vio por primera vez al que iba a ser su marido. Los rayos de sol que entraban por los cristales coloreados de la ventana le iluminaba su pelo castaño ondulado haciéndolo parecer una brillante corona. Él vestía el formal *breacan an fheile*; sobre un chaleco de satén exquisitamente bordado y adornado con encaje en hilos de oro, llevaba una chaqueta de lana tramada con seda, y una falda de tartán verde con negro con el extremo echado sobre el hombro y prendido con el broche de plata y cairngorm\* en que estaban grabados el escudo y el lema del clan. La luz le daba un brillo azulado a la espada de ceremonia que le

\* Cairngorm: piedra preciosa propia de las montañas escocesas. (N. de la T.)

colgaba al costado y en el aire resplandecían millones de motitas de polvo que parecían caerle sobre los hombros como una cascada plateada.

Dicho sencillamente, Angus Moy era el hombre más hermoso que habían visto sus ojos en toda su vida; su cara estaba tan bien cincelada que ningún rasgo eclipsaba a otro. Sin duda su boca, su nariz, el gris metálico de sus ojos, habían sido modelados por hadas para hacer parar el corazón a una mujer, y ella no fue ninguna excepción. Cuánto tiempo estuvo mirándolo embobada a través del cristalino silencio, con la lengua paralizada, las piernas envaradas, no tenía manera de saberlo.

El novio tampoco se movió, pero era de sospechar que esto se debiera a horrorizada sorpresa, porque ella ciertamente no era una delicada florecilla de huesos menudos, temblorosa ante la idea de que le iban a arrancar los pétalos. Era alta y de proporciones amplias, de brazos y piernas firmes y fuertes, con todos los años de cabalgar y fanfarronear con sus primos. Tenía la cara pecosa por andar al sol, y aunque le habían domado los cabellos con horquillas y peines para darles una apariencia de respetabilidad, el viento le hizo estragos en el peinado, soltándole unos cuantos mechones rebeldes que le caían enredados sobre la espalda y los hombros.

En realidad, Eneas tuvo que empujarlo para que avanzara hacia ella y le cogiera la mano, y cuando se giraron hacia el sacerdote, parecía que los dos estaban más pálidos por esa experiencia.

—¿Me dijiste algo, Annie?

Ella levantó bruscamente la cabeza.

—Ah, no, no. Sólo estaba maldiciendo al viento.

—Sí, bueno, ya amainará una vez que atravesemos el paso.

Sin contestar, ella volvió a meter el mentón bajo la manta, rogando que su enorme rucio castrado mantuviera pie firme cuando cruzaran la estrecha franja que unía los dos cerros llamados Garbhal Beg y Garbhal Mor. Allí las heladas rachas de viento eran tan recias como para desgarrarle los pulmones, sus aullidos tan fuertes como los de muchas hadas agoreras chillando a coro en la noche.

Sólo cuando habían atravesado el paso y comenzaban el descenso cesaron los aullidos y el viento se calmó lo bastante para permitirle a ella pasarse la mano por los ojos y contemplar el extenso panorama del valle que se extendía abajo.

Las nubes se habían espesado, velando el brillo de la luna en lo alto.

Las laderas estaban cubiertas por una delgada capa de nieve que destacaba la forma de las rocas que se elevaban a ambos lados del sendero. Y fue allí, en una de las negras y profundas cavidades formadas por los riscos, donde percibió un ligerísimo movimiento.

Imitando a Robbie, soltó una mano enguantada de las riendas y la metió debajo de los pliegues del manto. Cerró los dedos alrededor de la empuñadura curva de su pistola y la sacó del cinturón al mismo tiempo que la amortillaba con el pulgar.

—Tranquilos —dijo una voz salida de las sombras, un susurro menos sonoro que un latido—. Os habéis retrasado, casi enviamos jinetes a buscaros.

—Tuve que esperar hasta que el personal se hubiera ido a la cama —contestó Anne suspirando.

La oscura forma de Eneas Farquharson, el mayor de los hermanos Monaltrie, se separó del montón de rocas y, sin esperar consentimiento, montó de un salto a la grupa de Robbie.

—Tu marido sigue en Inverness, ¿verdad?

A ella le hirió un poco el orgullo comprobar que sus parientes consideraban a Angus lo bastante peligroso para vigilar todos sus movimientos.

—Sí, fue a visitar a su madre y volverá mañana.

—Sirve un plato de carne muy especial, ¿verdad?, lady Drummuir. Anoche cenamos con ella y todavía tengo el sabor en la lengua.

A diferencia de su hijo, lady MacKintosh viuda era una jacobita acérrima y de lengua muy suelta, que se proclamaba demasiado vieja para preocuparse por las consecuencias.

—Corristeis un tremendo riesgo yendo a Inverness.

Eneas se encogió de hombros.

—Ya conoces al abuelo cuando se le mete algo en la cabeza. O cuando le llega el olor a carne de verdad a las narices.

Anne agitó la cabeza y se guardó la pistola.

—¿Cómo está Mairi? ¿Y los niños?

—Te envía cariños. Y también los críos.

Anne sintió otro tirón en las fibras del corazón. No había visto a la mujer ni a los hijos de Eneas desde que las familias se vieron obligadas a ocultarse.

—Traje algunas cosas para que se las lleves —dijo, dando unos golpecitos a las alforjas que llevaba a la grupa—; ropa de abrigo, zapatos,



comida. Y unos pocos libros para que Mairi pueda seguir manteniéndolos al día en sus deberes escolares.

No pudo verla a través de la espesa barba que le cubría la parte inferior de la cara, pero presintió su ancha sonrisa.

—Sí, te lo agradecerán —dijo él.

—Y yo no te lo agradeceré a ti —bufó ella medio en broma— si mañana despierto arrojando los pulmones en mis manos por la tos.

—Bah, estás hecha de material más resistente, y lo sabes. Hace un rato el abuelo salió a darse un baño en el río. Tuvo que romper el hielo para poder meterse.

Anne se estremeció y se arrebujó más en el manto.

—¿Cómo está?

—Och, más sano que nunca. Nervioso, pero, puesto que te va a volver a ver, ya sabes que tiene que estar nervioso, para haberse ocupado de lavarse bien.

Eneas continuó parlotando feliz acerca de su familia durante todo el descenso de la ladera. El valle estaba bordeado por un denso bosque de pinos que amortiguaban el viento y con ello daban una cierta quietud a la parte baja de la cuenca. Al final se elevaba una casa de piedra de dos plantas, anidada a la orilla del bosque; detrás, ella sabía que había una escarpada pendiente de unas treinta yardas que bajaba hasta el lago. Sólo había un camino para llegar a Dunmaglass, y alguien debía de haber estado mirando por entre los listones de las contraventanas cerradas, porque no bien habían detenido los caballos delante de la casa, se abrió la puerta, arrojando una brillante franja de luz amarillenta sobre la nieve.

Anne tuvo que cerrar los ojos deslumbrada ante una linterna que osciló delante de su cara. La sostenía James, el tercer Farquharson de Monaltrie, mellizo de Robbie, menor que él en seis minutos. Sus tres primos eran de estatura mediana, de piernas cortas y musculosas y el tronco en forma de barril, tallado en sólidos músculos. Los tres eran pelirrojos y de ojos azules, los rasgos propios de la familia, aunque los mellizos tenían el pelo lacio y más grueso, y se lo metían detrás de las orejas de una manera que siempre les daba un aspecto ligeramente diabólico.

Anne desmontó y Jamie la saludó soltando una sarta de palabrotas en gaélico, abrazándola con tanta fuerza que la levantó en volandas. Sin esperar a que ella recuperara el aliento, le quitó bruscamente la gorra, tal como solía hacer cuando eran niños.

Los cabellos le cayeron en una abundante cascada de rizos despeinados y ella le habría dado un buen cachete si no hubiera estado tan feliz por encontrarse nuevamente con sus tres primos. Más impaciente aún estaba por volver a ver a su abuelo, por lo que cogiéndose de los brazos de los mellizos, los instó a caminar hacia la puerta abierta.

A pesar de ser más grande y estar mejor amueblada que la mayoría de las casas de piedra dispersas por los valles, era la casa típica de un señor de las Highlands que da más importancia a lo práctico que a lo bonito. La planta baja constaba de dos habitaciones principales, una la cocina y despensa, la otra la sala para comer y atender a invitados junto a la comodidad de un enorme hogar abierto. Sólidos tabloncillos cubrían el suelo donde en otro tiempo, a juzgar por el tenue olor que ninguna cantidad de cera de abeja lograba disimular, se guardaba en invierno a los rebaños de ovejas y cabras, medida práctica para proteger a los animales de las heladas ventiscas. El ganado había sido reemplazado por sillones y sillas, una larga mesa de pino, un muy mullido sofá y una enorme alfombra hecha de muchas tiras de tela trenzadas. Pegada a una pared lateral, subía una escalera que llevaba a las habitaciones para dormir de la planta superior.

Fearchar Farquharson estaba sentado a la cabecera de la mesa más cercana al hogar, con sus huesudas rodillas muy separadas, con su viejo bastón apoyado en el suelo entre ellas para sostener las manos. Su piel parecía un pergamino arrugado; le colgaba en pliegues desde las ralas volutas de cabellos blancos hasta el raído cuello de su chaqueta. Sus dedos parecían ramitas secas amarronadas; las pantorrillas que le asomaban bajo la falda no eran mucho más que hueso con una capa de curtida piel casi transparente.

Sólo sus ojos seguían agudos y vibrantes, su azul tan penetrante como el filo de un puñal de acero.

—¡Och! —exclamó, golpeando fuertemente el suelo con el bastón, y cacareó—: ¡Ruadh Annie! Así que viniste, ¿eh? Y Gillies que creía que no vendrías. Pero yo sabía que sí. ¡Bueno! ¿Cómo es que te quedas ahí como un zoquete atontado? Ven aquí a darle un beso a este viejo.

Anne se arrodilló delante de él y se rió cuando él la rodeó con sus brazos, en un abrazo sorprendentemente fuerte.

—¡Qué alegría verte, abuelo! —exclamó—. Y verte tan bien.

—Och, bueno, a estos viejos huesos les lleva mucho más tiempo moverse, pero se mueven. Las leguas se me alargan, las aldeas me quedan

más lejos, pero sí, estoy sano y fuerte, gracias al Señor de arriba. Pero deja que te mire, muchacha. Que Dios me parta de un rayo si no eres una buena visión para estos ojos cansados. —Osadamente alargó una mano y se la puso sobre el vientre—. Pero ¿esto qué es? ¿Cuatro años casada y todavía sin ningún crío? ¡Cristo en la cuna! Si hubiera sabido que tu marido no sería apto para la faena, te habría casado con Gillies. Él habría sabido llenarte de bebés. Ya tendrías tres brotados y uno bien plantado, y los dos habríais tenido un montón de gozo al ponerlos ahí.

Anne suspiró. Estaba acostumbrada al lenguaje grosero de su abuelo, pero por la expresión que veía en la cara de Gillies comprendió que él todavía sufría a causa de eso.

Gillies MacBean era un highlandés huesudo, fornido, que no llegaba a la yarda y media, pero lo que le faltaba en altura lo compensaba de sobra con sus anchos y macizos hombros. Su cara era tan tosca como la sierra montañosa que él llamaba hogar, y sin embargo era capaz de ruborizarse con la misma rapidez de una moza ante un giro equivocado de una frase, en especial si la frase aludía a esas misteriosas criaturas del sexo opuesto. Era penosamente tímido en presencia de mujeres de cualquier edad, vulnerabilidad que divertía infinitamente al viejo zorro gris.

—Das la impresión de tener un hueso atravesado en el gaznate—bufó Fearchar—. Habla, hombre. ¿No puedes sacar un poco de saliva para saludar a nuestra Annie?

Gillies, que ya estaba colorado como carne cruda, enrojeció más aún, y masculló:

—Me alegra volver a verte.

—Y a mí volver a verte a ti, Gillies. Y me alegra saber que has cuidado del abuelo en mi lugar.

El bastón volvió a rascar el suelo.

—Yo cuido de mí, muchacha. A estos mocetones sólo los tengo conmigo para vigilar que no se metan en problemas. Has visto al MacGillivray, ¿no?

Nuevamente Anne siguió con la vista la punta del bastón, y vio la oscura figura sentada bien atrás en un rincón de la sala. Un par de piernas largas y musculosas estaban estiradas y cruzadas en los tobillos; unos brazos del grosor de troncos de árboles pequeños estaban cruzados sobre un pecho de extensión igualmente impresionante. Dunmaglass era su casa, y era su cuello el que se estiraría en una horca si a cualquiera de ellos lo sorprendían en una reunión clandestina.

John Alexander MacGillivray era una rareza en las Highlands. No sólo sobrepasaba por una cabeza en altura a la mayoría de los hombres sino que además su pelo tenía el color oro bruñido del trigo maduro. No era particularmente apuesto en el sentido habitual; su boca era un pelín demasiado osada, sus ojos amilanadoramente negros y su mandíbula cuadrada parecía hecha de inmutable granito sólido. Pero su sonrisa podía convertir en gelatina los muslos de una mujer, y se rumoreaba que lo que llevaba debajo de la falda podía hacer salir volando sus sesos por la ventana más cercana.

Ella conocía de toda la vida al MacGillivray. Su sonrisa todavía tenía el poder de ponerle la carne de gallina en los brazos, y si bien sus sesos y muslos estaban bastante seguros, no siempre había sido así. La verdad sea dicha, hubo una época en que la indómita Ruadh Annie y el corpulento MacGillivray estuvieron bastante cerca de convertirse en mucho más que amigos.

—Lady Anne —saludó él tranquilamente, inclinando la cabeza.

—MacGillivray.

Resultaba violento que se saludaran con tanta formalidad. Pero claro, ya habían transcurrido muchos años desde que ella siguiera a sus primos como una sombra a todas las ferias con la esperanza de ganarse uno o dos céntimos apostando por MacGillivray en las luchas cuerpo a cuerpo. En realidad fue después de un día particularmente exitoso, en que él ganó las cinco luchas a las que se presentó, cuando la llevó detrás de uno de los tenderetes y la besó por primera vez. Era un día muy caluroso, y él estaba desnudo hasta la cintura, sus músculos aceitados y brillantes a la luz del sol.

—Ven —dijo Fearchar, sobresaltándola, y arrastró una silla hasta ponerla más cerca del hogar—. Siéntate, muchacha. Esa larga cabalgada te habrá enfriado. ¿Te apetece un trago para calentarte los huesos?

—Sí, abuelo —repuso ella sonriendo—. Un poco de calor no me vendría mal.

El viejo guerrero se rió y agitó la mano hacia James, a modo de señal. James le llevó una jarra de piedra con *uisque baugh*. Fearchar le quitó la tapa, se acercó el cuello de la jarra a la boca, bebió dos largos tragos y se la pasó a Anne.

Ella la cogió recelosa, y titubeó al ver la brillante y totalmente involuntaria capita de agua que apareció en los ojos de él.

—Es el tuyo, entonces, ¿mmm? —preguntó en un susurro irónico.

—Sí —dijo él, haciendo una profunda inspiración para refrescarse la garganta—. Y te agradeceré que notes que no he perdido mi sello.

Anne se preparó y levantó la jarra. Bebió dos tragos tan largos como los de su abuelo, resuelta a no toser mientras el feroz licor le pasaba por la lengua y le quemaba un camino por el pecho hasta el estómago. Pero cuando estuvo en el estómago, hizo explosión la bola de fuego, abrasándole las venas, haciéndole hervir las extremidades, donde le hizo arder las terminaciones nerviosas, dejándole la carne adormecida por el impacto.

Cuando pudo, siguió el ejemplo de Fearchar y bebió largamente la cerveza de la jarra que se materializó como por arte de magia junto a su codo, a traguitos, de una manera que hizo reír a sus primos, a Gillies e incluso al MacGillivray de cara pétrea.

—María Madre de Cristo —exclamó—. Es una maravilla que no os hayáis perforado un agujero en vuestros estómagos.

Fearchar se palmoteó el vientre y soltó una alegre carcajada.

—Dejó tientos a tres hombres, pero sólo porque se les ocurrió dar una calada a la pipa después.

—No me extraña —dijo ella. Bebió otro poco de cerveza y se limpió la espuma con el dorso de la mano—. Pero estoy segura de que no me has hecho venir hasta aquí esta noche sólo para demostrarme que todavía sabes fermentar la cebada como los mejores. ¿Qué ha ocurrido? ¿Por qué estás en Inverness, sabiendo muy bien que todos los soldados del Fort George entregarían a sus primogénitos por coger la recompensa que ofrecen los *sassenachs*\* por tu cabeza?

Se desvaneció la expresión feliz de Fearchar. Después de echar una rápida mirada a los otros hombres, hizo una inspiración resollante, preparándose para hablar.

—No te lo han dicho, entonces.

Esa no era tanto una pregunta como una expresión de profundo dolor. Lo primero que pensó ella fue que debía de haber muerto alguien. Alguien cercano a ella. Alguien de cuya muerte su abuelo no quería que se enterara por una persona desconocida.

—¿Le ha ocurrido algo a Angus? —preguntó en un susurro. Fearchar frunció el ceño y soltó una maldición en voz baja.

\* Sassenach: inglés.

—Tu marido está tan bien y en forma como estaba cuando dejó tu cama hace dos días. Está mejor de lo que tiene derecho a estar, si quieres mi opinión.

—Entonces, ¿qué...?

—El príncipe ha hecho volver, a su ejército. Están en retirada.

—¡Retirada! —Estuvo un instante con la boca abierta por la sorpresa—. Pero... ¡pero eso es imposible! Estaban a unos pocos días de marchar sobre Londres, tú mismo me lo enviaste a decir.

—Sí, y ahora estamos aquí para decirte que el ejército está de vuelta —dijo Robbie en voz baja—, para decirte que el general Wade se les está acercando por el flanco derecho con cinco mil hombres, el general Ligonier está en su flanco izquierdo con otros siete mil, y por detrás les pisa los talones el desalmado duque de Cumberland con unos cuantos miles de soldados que trajo con él del campo de batalla de Flandes. Eso pone unos veinte mil soldados entre el príncipe y Londres, y los jefes decidieron que era demasiado pedirles a nuestros valientes muchachos que trataran de abrirse camino luchando. Tomando en cuenta que no contaban con apoyo de ningún lado, ninguno de aquí, ninguno en Inglaterra. Solamente se les unieron doscientos hombres, nos han dicho, desde que cruzaron el Esk, cuando les prometieron unos cuantos malditos miles.

—No deberían haberse fiado de promesas —dijo MacGillivray desde las sombras—. El rey de Francia prometió miles de soldados, ¿y cuántos envió? Ninguno. Prometió armas y municiones, además de dinero para compensar a los hombres de los cultivos que no podrían sembrar llegada la primavera. ¿Qué recibimos? Más de nada.

—¿Cultivos? —dijo Fearchar mirándolo indignado por encima del hombro—. ¿Cómo puede un hombre pensar en cultivos cuando lo necesitan su rey y su país?

—Cuando su familia no tiene qué comer y sus hijos se mueren de frío, eso es en lo único que piensa —contestó secamente MacGillivray—. Se preocupa de si tienen un techo sobre sus cabezas y de si tienen suficiente carne para pasar el invierno. ¿Por qué crees que tantos hombres de ambos lados huyen por la noche? No es porque tengan miedo de combatir o de morir en la batalla. Es porque quieren llevar una moneda o un trozo de pan a sus mujeres. Eso es lo único que quiere un hombre simple.

—¿Y tú? —le preguntó Eneas—, ¿qué quieres tú, MacGillivray?

Alguien se movió y un rayo errante de la luz de la lámpara iluminó la cara del highlandés, revelando una curva desdeñosa en la comisura de su boca.

—¿Yo? Yo quiero lo que mi jefe me ordena que quiera. Igual que el resto de vosotros. Por eso estamos aquí discutiendo los porqués y los detalles de las batallas luchadas y no luchadas en lugar de estar en ellas luchando. —Sus ojos brillaron como dos trocitos de hielo negro cuando miró hacia Anne—. Porque a todos se nos ha prohibido hacer mucho más, ¿verdad?

Anne soportó todo el tiempo que pudo la burla de sus ojos; después desvió la mirada. A toda hora de cada día le recordaban que los hombres como MacGillivray, Gillies y sus primos estarían en Derby en esos momentos, con el ejército del príncipe, si Angus no les hubiera exigido cumplir sus juramentos. También sabía que si no hubiera sido por muchos otros señores como Angus, que habían elegido la cautela a la pasión, el ejército jacobita habría igualado a cualquiera que pudieran reunir los ingleses en contra de ellos. Los cinco mil valientes que siguieron al príncipe Estuardo hasta Derby serían diez, quince mil, y no tendrían que soportar la humillación de la retirada que estaban soportando en esos momentos.

—Hasta ahora no los han derrotado, ¿verdad? —susurró—. El hecho de que hayan sido prudentes y vuelvan a Escocia no quiere decir que lo hagan derrotados.

Fearchar se reanimó un poco.

—¡Nadie ha dicho nada de derrota! Lo que pasa es que el príncipe ha enviado a decir a todos los clanes que sólo se propone esperar a que pase el invierno para volver al sur, y ya ha demostrado que tiene el ánimo y el valor para hacerlo. Lo único que necesita hacer es venir aquí a aumentar la fuerza de su ejército. Necesita ocupar el trono de Escocia por su padre y expulsar a esos cabrones ingleses de Inverness y Perth. Necesita —se inclinó para dar más énfasis a sus palabras— que «todos» sus señores y jefes de clanes crean lo bastante en él para «desear» hacer suya Escocia otra vez.

—Angus desea una Escocia independiente tanto como cualquier prójimo —insistió ella tranquilamente.

—Entonces, ¿por qué no está en Derby con su príncipe? ¿Por qué viste el uniforme de capitán de una compañía de los Black Watch del rey, y por qué esta misma noche está en Inverness cenando en la maldita mesa del maldito Duncan Forbes?